mira interesada han guiado nuestras investigaciones. Nos animaban motivos más elevados, más dignos de vosotros; el amor á la ciencia y la necesidad de corresponder á las esperanzas que fundasteis en nuestro celo y adhesión.»

Este informe, rubricado por Baudoir de la Motte, Fouquier, Gueneau de Mussy, Guersant, Itard, Husson, Leroux, Marc y Thilaye, fué leido y archivado en la Academia; pero no se imprimió para no darle publicidad.

El Dr. Rostan dijo en su gran Diccionario de Medicina: «Hacía más de diez años que yo escribía y hablaba en contra del magnetismo. La casualidad hizo que por vía de experimento ejerciese las prácticas magnéticas. La persona que sometí á ellas ignoraba por completo sus efectos. ¡Qué sorpresa cuando al cabo de unos instantes produje fenómenos inusitados y tan singulares, que no me atreví á contarlos á nadie temiendo parecer ridículo!» Consistían varios de los que provocó Rostan, según cuenta, en trasportar los sentidos y en hacer que la enferma adivinara, como en la descripción siguiente: «Siento, decía ella desde su cama y con las puertas cerradas, siento á Felicia que se aproxima. Los médicos creen que está mala del pecho, y no hay tal cosa; el corazón es el que tiene enfermo. Dentro de cuatro días, el sábado á las cinco tendrá una violenta hemorragia; se la sangrará, pero no evitaréis que muera á los seis días.» Y el pronóstico se cumplió al pié de la letra.»

Para no ser demasiado prolijo, como exigirían los numerosísimos documentos que podría citar, copiaré



sólo algunos, extractándolos del mencionado libro del P. Pailloux (1).

Mr. A. Gasparin, que no creía en lo sobrehumano de los fenómenos que narraba, escribía una carta á la *Gaceta de Francia*, que dice así:

«Cada uno de nosotros dió sucesivamente sus órdenes á la mesa y fueron puntualmente obedecidas... con una limpieza y una solemnidad que casi nos atemorizó.— Da tres golpes, da diez, golpea con el pie derecho, con el izquierdo, con el medio, resiste á los esfuerzos de los que procuran fijarte al suelo cuando te levantas. Y la mesa obedecía y ejecutaba movimientos que no habría podido provocar ninguna complicidad voluntaria ó involuntaria; porque en vano habríamos intentado conseguir los hiciese con la presión manual, y menos que conservara la posición en que se sostenía con un solo pie ofreciendo incontrastable resistencia para bajarse con nuestros esfuerzos.

»Hay más: se convino en que los experimentadores no dijeran el número de golpes en voz alta, sinó que se limitaran á pensarlos y comunicarlos al oido del que tuvieran á su lado. Pues bien; la mesa ejecutó los mandatos sin equivocarse nunca...»

Sipson, respetable magistrado que había perdido un hijo, quiso evocarlo en una sesión espiritista. El medium ve al hijo y hace su retrato; lo cual no satisface al afligido padre, que pide hablarle y reconoce su lenguaje... Exige que le escriba, y puesto un lápiz sobre la

(1) No cito ninguno de observación personal por razones que me obligan á guardar silencio imperiosamente. Son análogos á los hechos que copio.

mesa, se agita y cae varias veces. Se le coloca dentro de un anillo, y con este ligero apoyo se mueve solo y escribe una tiernísima carta que deja sorprendido al padre, no tanto por la expresión de unos sentimientos que conocía mucho, como por la perfecta reproducción de la letra, las incorrecciones del estilo y algunas faltas ortográficas habituales en su hijo.»

Ha cambiado el lugar de la escena... Se invitó al medium para que proporcionara un dibujo de las facciones de Jesús y su Madre... El lápiz emprendió vaga carrera por el papel,... y terminó el trabajo sin fijar atención en él, y con el brazo extendido casi por completo. El lápiz, fuera de toda regla, parecía loco; sorprendía verle partir de la parte inferior de la cabeza describiendo de repente una rápida curva continua trazando el laberinto de los cabellos, descender luego para dejar en su marcha veloz el detalle de los perfiles de la cara y entretenerse arrojando, precipitando en el papel aquella obra maestra de expresión...»

«El maestro Mr. Pablo Delaroche nos dijo era imposible sospechar que hubiera un solo pintor cuyo lápiz trazase una cara semejante en condiciones absolutamente normales.»

Nataniel Tallenadge, antiguo gobernador del Estado de Wisconzin, asegura que vió muchos ejemplos análogos. «He visto, dice, dibujos del más exquisito estilo hechos por personas enteramente ajenas al arte: hacíanse notar por tal delicadeza de rasgos y sombras, que desafiaban el talento de los más distinguidos artistas. La mano del medium, *involuntariamente arrastrada*, concluye los dibujos en un tiempo *increiblemente corto*. He oido á los mejores artistas de Washington



decir, que han visto trabajar á esos mediums, y que lo hecho por ellos en una hora, exigiría de su parte un día entero para copiarlo. Y en tanto que hace uso el medium de un solo lápiz, los demás se ven obligados á realizarlo con multitud de todas clases.»

La *Gaceta de los Tribunales* (1) decía: «Un hecho singular, que se repite todas las tardes y noches desde hace tres semanas, sin que las investigaciones más activas y la vigilancia más exquisita y tenaz hayan podido averiguar la causa, conmueve al populoso barrio de la montaña de Santa Genoveva, al de la Sorbona y á la plaza de San Miguel. He aqui lo que consta, según la voz pública y el *doble informe judicial y administrativo* que se instruye sin levantar mano hace algunos días.

«En los límites de un terreno donde hubo en otro tiempo un baile público, se halla el almacen de un comerciante que vende leña y carbón. El edificio, casi aislado, se ve asaltado todas las tardes y noches por una lluvia de proyectiles, que por su volumen y por la violencia con que se lanzan producen tal estrago, que agujerean paredes, rompen marcos de ventanas y dinteles de puertas, á la manera que lo haría la catapulta y la metralla.

»¿De dónde vienen esos proyectiles que son trozos de piedra, fragmentos de construcciones derruidas, moles que, atendido su peso y la distancia de que proceden, *es evidente que no pueden ser lanzadas por la mano del hombre?* Hé aquí lo que hasta hoy no se ha

(1) Feb.º 2 de 1846. París.

podido averiguar. En vano el Comisario de Policía en persona, y auxiliado por sus agentes más idóneos, ha vigilado con esmero día y noche; en vano el Jefe de Orden Público ha visitado muchas veces el sitio; en vano se sueltan todas las noches algunos mastines en los cercados inmediatos. Todo ha sido inútil para explicar un fenómeno que la credulidad del pueblo atribuye á causas misteriosas. Los proyectiles vienen, al parecer, de una distancia muy grande, dan en su blanco con una precisión que casi puede llamarse matemática, sin desviarse un ápice de la curva parabólica...

»El expediente se instruye fundado en todo lo que permiten los hechos, y en el adagio ó principio legal *cui prodest, is auctor*. Sin embargo, haremos observar que en circunstancias análogas, y que produjeron bastante sensación en París, fué de todo punto imposible obtener un descubrimiento, dar una explicación, señalar una causa. Tal sucedió, por ejemplo, cuando una lluvia de moneditas atraía todas las tardes á los curiosos de la calle de Montesquieu, ó cuando todas las campanillas de la calle de Malta eran agitadas por una mano invisible. Confiemos que se logre resultado esta vez.»

Dos días después, insertaba: «El hecho singular ha continuado reproduciéndose hoy mismo, á pesar de la vigilancia incesante dispuesta en el terreno. A las once, cuando los agentes se hallaban apostados en todos los puntos colindantes, una piedra enorme ha caido sobre la puerta de la casa. A las tres, el Jefe interino de Orden Público, con cinco ó seis de sus principales subordinados, que se hacían cargo de varias circunstancias con los habitantes de la casa, vieron



estrellarse á sus piés un trozo, con ruido análogo al estampido de una bomba. Todo son conjeturas. Las puertas y ventanas se han sustituido con planchas de hierro claveteadas al interior, para defender á los inquilinos de lo que sucede á sus muebles y camas, rotos por los proyectiles.»

Al invierno siguiente, Mr. de Mirville preguntó al que hacía veces de Comisario de Policía, el cual le dijo que, á pesar de incansables investigaciones, nada se pudo saber; añadiendo que por su parte creía que jamás se descubriría nada.

El propietario les hizo notar un detalle curioso, y fué, que una de las habitaciones de la casa estaba llena de piedras y pedazos de tejas largos y planos. Después, enseñándoles una hendidura estrecha, les dijo: «Desde que cerré el palomar, todas las piedras tuvieron esa forma, y todas entraban por esa rendija, que tiene próximamente el ancho de aquéllas.»

Luego, ni la policía, ni la *Gaceta de los Tribunales*, ni nadie, han podido averiguar nada.

Fácil me sería multiplicar las citas testimoniadas; pero á más de que se repetirán todavía en el capítulo siguiente, considero bastantes las copiadas para probar que las negaciones del vulgo ni de ciertos sabios no destruyen la posibilidad y certeza de los hechos que refiero; porque un filósofo nunca los debe negar, por mucho que contrarien á sus teorías, cuando tal porción de testigos investidos de las cualidades que dan á su testimonio motivo invencible de certeza, proclaman su existencia real. Tanto valdría borrar la historia pasada y actual.